

Cinco Miradas

El arte limpia la verdad de formas ilusorias y engañosas de este mundo imperfecto y grosero, para revestirlas de otras formas más elevadas y más puras, creadas por el espíritu mismo. Así, lejos de ser simples apariencias puramente ilusorias, las formas del arte encierran más realidad y verdad que las existencias fenoménicas del mundo real. El mundo del arte es más verdadero que el de la naturaleza y el de la historia.¹

Dedicarse a la enseñanza superior de las artes plásticas implica, entre otros, el inestimable privilegio de compartir durante unos pocos meses las ilusiones e inquietudes creativas de un grupo de artistas en ciernes, con la mente repleta de proyectos por realizar y sueños por llevar a cabo. Habitualmente, con la impericia que corresponde a tan solo tres años de práctica pictórica previa.

Cuando encuentran el ambiente propicio para iniciar la búsqueda de su personal lenguaje artístico, como es el caso del primer año de especialización en pintura, suele producirse en ellos una especie de desconcierto inicial para dar salida, a continuación, a todo el potencial creativo que poseen e iniciar el recorrido que conduce, a la mayoría de ellos, al ineludible encuentro consigo mismos, con su natural y personal modo de expresión en el ámbito pictórico.

Es normal encontrarse cada año algunos estudiantes cuyas aptitudes o grado de desarrollo de las mismas hacen que sean referentes para sus compañeros; esto es habitual y ocurre con la misma naturalidad con que se suceden las estaciones. Sólo muy de tarde en tarde, se podría decir que solo de forma excepcional, nos encontramos un grupo de estudiantes en el que cerca de la tercera parte muestran aptitudes artísticas destacadas y una actitud en las aulas que desborda vitalidad y predisposición positiva y activa ante la ardua tarea de esa búsqueda personal del lenguaje plástico y la experimentación con los medios pictóricos. Cuando esto sucede todo el grupo parece desenvolverse con soltura, con un nivel medio más elevado de lo habitual; los referentes para los compañeros son múltiples y desarrollan lenguajes diversos, y la productividad creativa de todo el grupo crece de forma exponencial, si no en cantidad necesariamente sí en la cualidad de sus realizaciones. Ellos aún no lo saben, pero su paso por la facultad de Bellas Artes dejará en ésta una huella permanente; cuando marchan, una vez finalizada su licenciatura, probablemente pensarán que les ha ido bien en sus estudios, pero no podrán ser conscientes de lo mucho que han contribuido al avance y a la continua innovación que la vida académica experimenta, principalmente gracias a personas como ellos. Apenas intuyen que su paso por la facultad ha sido destacado, pero no se imaginan en qué medida han repercutido en los profesores que tuvieron la oportunidad de ser elegidos por ellos o de tocarles en

¹ Hegel, *De lo bello y sus formas (Estética)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1977, 5ª ed., p. 32.

suerte. Creerán que les han enseñado mucho y será cierto en algunas materias, pero en otras no les hemos *enseñado* nada, nos hemos limitado a colaborar en su búsqueda personal, para que descubran por sí mismos lo que nadie les puede enseñar: encontrar un lenguaje plástico coherente consigo mismos, *descubriéndose*.

Esta situación extraordinaria por lo poco común, tuvo lugar hace dos cursos en cuarto curso de la licenciatura en Bellas Artes, de Sevilla. Y en este contexto coincidieron, junto a varios más, estos cinco jóvenes artistas que hoy comentamos.

De diversa procedencia andaluza (Cádiz, Huelva, Jaén y Sevilla), coincidieron en el mismo grupo de *Composición Pictórica* y, con sus personalidades diferenciadas dieron personalidad al grupo. Sus obras fueron creciendo en cualidades plásticas a medida que el curso avanzaba; su actitud en el aula hacía gratificante y fácil la tarea docente; y se notaba su ausencia si algún día no estaban. Cada uno sufría a su modo la ingratitud que a veces comporta el intento casi inútil de acomodar la idea a la pobre materia pictórica; cada uno a su manera disfrutaba de los pequeños o grandes logros alcanzados en dicha tarea. Y sus obras se enriquecían con nuevos recursos, se liberaban de ataduras y eran obras de arte que podían compartir sin menoscabo cualquier espacio expositivo junto a otros artistas actuales; viéndolos crecer en calidad a medida que desarrollaban sus cualidades, se confirmaba mi apreciación, pronto descubierta, de que esos jóvenes artistas ya no se expresaban como correspondía a su nivel educativo, sino que su verbo plástico era comparable al de los profesionales y, como tales, era justo que cuanto antes pudiesen ver sus obras mostradas en público con la categoría que corresponde a los artistas que saben expresarse con personalidad propia y amplitud de recursos. Atrás deben quedar las obras mostradas en cualquier lugar donde la obra de arte ve mermada sus cualidades por falta de condiciones ambientales, lugares válidos para quien aún anda en sus primeros escauceos en el mundo de la creación, para quienes apenas conocen el lenguaje plástico. Porque ellos, que aún están aprendiendo y continuarán su aprendizaje siempre -como todos hacemos- ya conocen lo que necesitan para decir lo que quieren, con calidad y belleza más que destacadas.

Son cinco jóvenes artistas que durante el pasado curso han finalizado su formación académica. Hace casi dos años que dejamos de compartir las aulas, pero hemos mantenido un estrecho contacto y ello me ha permitido ser testigo de una inusitada maduración y de la evolución de sus aptitudes artísticas.

Compartiendo espacios educativos y espacio generacional, ya se aprecia en ellos unas acusadas personalidades que les llevan a enfrentar el hecho creativo. Cada uno refleja en sus obras esa forma personal con que analiza el entorno del mundo en que viven.

De ahí el título de **Cinco Miradas** que lleva esta exposición. Es la primera exposición que celebran conjuntamente en una galería con prestigio en el ámbito artístico. Está formada por una veintena de obras realizadas tras finalizar la licenciatura en Bellas Artes; para algunos es la primera vez que se muestran como profesionales de la creación plástica.

Como hacedores de arte, sus referencias creativas las encuentran en el entorno donde habitan; entorno vital y personal que observan y sienten, que viven de formas diferentes, acordes con sus personalidades. De esas diferentes sensibilidades ante cuanto les rodea se infiere unos intereses diferenciados a la hora de la representación plástica, como vehículo de expresión.

Así, mientras que Mar de Cote centra su creación en el ser humano, a menudo ensimismado en sus propias reflexiones, en un espacio intimista liberado de cualquier elemento ajeno que pueda perturbar el silencio de su intimidad, Juan Antonio Soria representa a menudo al ser humano casi perdido, como integrado, en el espacio de una naturaleza verde y ordenada, como si el paisaje más agreste se convirtiese en un ordenado jardín bajo la férrea estructura geométrica con que él lo organiza; o, como hace en la serie con que participa en la exposición, convierte al personaje en protagonista exclusivo, indagando en su interior y sus estados anímicos mediante la representación del rostro.

Esa mirada lleva a Daniel Franca a dejarse subyugar por los grandes espacios arquitectónicos. Logra, como pocos, simular la especialidad y la apariencia tridimensional que el paisaje urbano y las grandes construcciones industriales ofrecen. Observar uno de sus cuadros es como penetrar en el interior de un mundo modificado por la mano del hombre, donde las fuertes estructuras de hierro y hormigón parecen dominarlo todo.

También José Carlos Naranjo busca sus referencias creativas en el medio urbano. Y a veces representa los grandes espacios pero, por lo común, su mirada se acerca al detalle, al objeto cotidiano que parece intrascendente y lo convierte en protagonista principal de su obra. Así surgen series como la que tiene como elemento fundamental, y a veces único, a la bicicleta. Objeto casi vulgar pero que Naranjo sabe convertir en protagonista lleno de belleza plástica. O fija su mirada en pequeños y anónimos rincones urbanos, de humilde apariencia.

En la obra de Francisco Cabeza el asunto representado quizás sea lo menos trascendente. En él el tema resulta una mera excusa; los asuntos de los que parten sus creaciones son muy variados, aunque siempre próximos, pero éstos solo le sirven como excusa para desarrollar su atracción por la expresividad del color. Sus cuadros, conceptualmente, parecen encaminarse hacia un expresionismo próximo a la abstracción. Es en la riqueza matérica y la fuerza cromática donde con más naturalidad se desenvuelve.

Son cinco maneras de mirar alrededor; cinco formas de sentir y de expresarse. Todas diferentes, pero similares en la intensidad con

que viven sus inicios en el mundo de la creación plástica a nivel profesional.

Son jóvenes que a cada impulso tratan de afianzarse en su propio proyecto creativo personal, innovando con sus hallazgos el panorama creativo de la plástica andaluza.